

Gérard Noiriel  
**Introducción a la sociohistoria**  
Madrid: Siglo XXI Editores, 2011

Gérard Noiriel, historiador francés bien conocido por sus libros sobre migración, derecho de los refugiados y ciudadanía, presenta este libro introductorio de los fundamentos y aportes de investigación de la denominada *sociohistoria*. Se trata de una reflexión teórico-metodológica de presentación de ese campo de estudio en continuidad con aquella otra aportación que realizara una década atrás *Sobre la crisis de la historia* (Cátedra, 1997) en la que planteaba una pérdida de capacidad de producción de conocimiento historiográfico por parte de la institución académica francesa, que no habría sido capaz de soportar el envite de la globalización del conocimiento, el cuestionamiento de la objetividad y la verdad por el avance del relativismo en la disciplina (como la Black History, el giro lingüístico y los estudios feministas) y el empobrecimiento teórico generado por el abandono de los últimos paradigmas rectores de la investigación (el marxismo y el estructuralismo), lo que habría dado paso a un individualismo exacerbado. Con su *Introducción a la Sociohistoria* (publicada en Francia en 2006), Noiriel afirma taxativamente que “la sociohistoria se construyó sobre las ruinas de la historia económica y social”, aunque situándose “en la prolongación de esta tradición crítica” (p. 69).

En Francia tuvo lugar lo que Peter Burke (2006) ha denominado “la revolución historiográfica francesa”, iniciada con Lucien Febvre y Marc Bloch en las primeras décadas del siglo XX y continuada con una larga tradición que se suele agrupar bajo la denominación de la Escuela de los *Annales*. Este cambio de paradigma se fundamentó en un fuerte e intenso diálogo con las aportaciones críticas de la sociología de Durkheim y sus herederos que posibilitó el romper con una serie de presupuestos propios de la historiografía tradicional del XIX, esto es, con la historia política. Para Durkheim, esa historiografía estaba prisionera de los acontecimientos particulares, los cuales solamente eran “manifestaciones superficiales”, antes que la verdadera historia de una nación

dada. Su discípulo, el economista François Simiand, “fue aún más lejos”, asegura Burke, al derribar lo que llamó “los ídolos de la tribu de los historiadores”, los cuales fueron, en primer lugar, el “ídolo político” –“esa preocupación perpetua por la historia política, por los hechos políticos, por las guerras, etc. que da a esos sucesos una exagerada importancia”-, en segundo lugar, “el ídolo individual” –es decir, los grandes hombres que han dirigido la historia-, y el tercer lugar, “el ídolo cronológico” –“la costumbre de perderse uno en estudios sobre los orígenes”- (Burke, 2006: 18-19).

Noiriel se posiciona, casi un siglo después, en otra crisis historiográfica (la que analizara en su libro de 1997). La sociohistoria emergería de ese declive en la producción de conocimiento historiográfico gracias a un rescate del diálogo con la sociología, muy especialmente con Norbert Elias y Pierre Bourdieu. De hecho, uno de los historiadores que toma como referencia de la sociohistoria es a Roger Chartier, un historiador de la cultura cuyos estudios se volvieron hacia la sociología y renovaron profundamente la historia del libro reorientándola hacia la historia de los lectores.

Roger Chartier contribuyó de manera esencial a dar a conocer la obra de Norbert Elias en Francia. Recientemente hemos conocido en castellano su diálogo con Pierre Bourdieu. La relevancia que los sociohistoriadores conceden a “las nuevas sociologías” (Corcuff) tiene precisamente en este diálogo con Bourdieu un importante exponente, con cuestionamientos tales como éste: “¿No crees que la lectura de Elias –pregunta Chartier a Bourdieu- obliga al sociólogo, al igual que al historiador, a reflexionar sobre la función que se atribuye a las formas de ejercicio del poder y al Estado en esta constitución progresiva de los campos, una función que tal vez haya quedado olvidada en ciertas vertientes de la historia, ya sea la historia social o la historia de las mentalidades, pero también en una vertiente determinada de la sociología, que se ha dedicado a hacer una descripción de cada uno de los campos desligada del conjunto social en el que estos se inscriben?” (Bourdieu y Chartier, 2011: 82).

Noiriel ubica la sociohistoria más allá de la sociología histórica, la historia social o la microhistoria, al no conformarse con referirse a aquellas investigaciones que se sitúan en la intersección de la historia y la sociología. La sociohistoria tendría por tanto una particularidad que consiste en su búsqueda de combinar los principios fundadores tanto de la historia como de la sociología, “tales como

quedaron fijados a comienzos de los siglos XIX y XX respectivamente” (p. 7): la crítica de la reificación de las relaciones sociales (que ambas disciplinas comparten), la reflexión sobre las relaciones de poder (igualmente compartida) y un principio epistemológico que sería propio de la sociohistoria: el trabajo empírico, basado en el estudio de los archivos. Según Noiriel, este último principio diferenciaría a la sociología de la sociohistoria: “a diferencia de la sociología, que desde el comienzo se fijó como objeto supremo elaborar una teoría del mundo social, la sociohistoria se define, antes bien, como una suerte de “método histórico” o, mejor aún, como una “caja de herramientas” (p. 11).

Entre “los padres fundadores”, la sociohistoria reivindica a Marx, Durkheim, Max Weber y Gabriel Tarde, y en las “avanzadas de entreguerras”, a Marc Bloch (al que se califica de “precursor de la sociohistoria”). A la sociología de Durkheim se le presta una especial atención –“la cuestión del “pasado en el presente” es una dimensión central de la sociología durkheimiana”, p. 27)- y a sus “extensiones”, concretamente a F. Simiand y Maurice Halbwachs. Finalmente, a “la sociología histórica de Norbert Elias” se le otorga un reconocimiento particular –“para el sociohistoriador, la obra de Norbert Elias tiene un interés excepcional” (p. 40)-. Efectivamente, a lo largo de toda la lectura de esta obra de Noiriel, la presencia de Elias es central para fundamentar el proyecto científico de la sociohistoria. Volveré más adelante sobre este aspecto.

La asociación entre historia y sociología tiene como condición de posibilidad la crisis de aquellos paradigmas teóricos que más hicieron por “la retirada del sociólogo en el presente y su concomitante fuga del pasado” (en palabras de Elias, 1987), muy especialmente, el empirismo abstracto defendido por el estructural-funcionalismo de Talcott Parsons que después de la 2ª Guerra Mundial hegemonizó durante décadas la sociología. Noiriel fija el proyecto de la sociohistoria, al igual que hiciera Elias en su conocida Introducción a la edición de 1968 de *El Proceso de Civilización*, sobre el cuestionamiento de los presupuestos de la sociología funcionalista, que extiende al estructuralismo francés (Lévi-Strauss, Barthes): “lo menos que podemos decir es que estas innovaciones no sirvieron a los intereses de la sociohistoria. La sociología funcionalista y la antropología estructural rechazan el enfoque histórico. La semiología, por su parte, al considerar que no hay otra realidad que el discurso, le niega derecho de existencia a la sociología” (p. 50). Todas estas corrientes, hegemónicas en las ciencias sociales hasta los años 70, fundamentaron lo que

Ramón Ramos denominó, con mucho atino, “ahistoricismo sustantivo”, esto es, “la ausencia de un aparato conceptual apropiado para el estudio de lo histórico en el que se prime metodológicamente la diacronía, el devenir y el carácter procesual de la realidad social” (Ramos, 1994: 35)<sup>1</sup>. Las ciencias sociales todavía hoy están tratando de rehacer las consecuencias nefastas de aquel error.

Según Noiriel, con Norbert Elias y Pierre Bourdieu se producen “las pasarelas” hacia la sociohistoria. Se trata de dos sociólogos que han realizado importantes investigaciones que dan centralidad a los procesos históricos y que han abandonado la pretensión de una teoría general de la sociedad para desarrollar conceptos a modo de “caja de herramientas” para la investigación empírica.

Es interesante la centralidad que Noiriel y la sociohistoria conceden a la “sociología histórica de Norbert Elias”. En primer lugar, etiquetándola bajo tal rúbrica (“sociología histórica de Norbert Elias”), pues precisamente en el ámbito anglosajón, donde la sociología histórica tiene una notable presencia académica, Norbert Elias es una hiriente ausencia –tal y como observaba Ramón Ramos en su artículo dedicado a la sociología de Elias: “en el recuento de precedentes y representantes de la sociología histórica que aparece en el libro-manifiesto *Vision and Method of Historical Sociology* (Skocpol, 1984) todavía no aparece incluido en tan amplia y brillante compañía” (Ramos, 1994: 27)-. Pareciera como si en la medida que los trabajos de sociología histórica de procedencia norteamericana se han volcado más en problemáticas vinculadas a la formación y devenir del capitalismo o de los estados nacionales, las indudablemente pioneras investigaciones de Norbert Elias hubiesen sin embargo pasado desapercibidas. Mientras que, por el contrario, la sociohistoria francesa en la medida que tiene sus orígenes en trabajos de historiadores de la cultura ha sido más receptiva a la sociología de Elias. Y en segundo lugar, porque es en el apartado dedicado a Elias donde Noiriel desliza lo que parece ser la principal diferencia entre la sociohistoria y la sociología histórica: “La obra histórica de Elias tiene un interés esencial para el sociohistoriador ... Sus estudios a veces se asientan en bases empíricas muy frágiles, Elias nunca realizó exámenes de archivos ni investigación de campo, de modo que su inmensa obra es más una contribución a la sociología histórica que un aporte a la sociohistoria” (p. 47).

---

<sup>1</sup> En Álvarez-Uría y J. Valera (2004) puede encontrarse una interesante explicación sociológica de este proceso de deshistorización de las ciencias sociales.

Es precisamente la escasa atención que Noiriel presta a examinar las afinidades y/o diferencias entre la sociohistoria y la sociología histórica donde cabe señalar una laguna nada desdeñable en su libro. Parece insinuarse que en la sociología histórica, tal y como la han definido en el ámbito anglosajón autores como Charles Tilly o Skocpol, faltaría uno de los *principios fundadores* señalados anteriormente de la sociohistoria, esto es, el método histórico propiamente dicho de investigación empírica basado en fuentes de archivo. Lo cual no deja de ser muy cuestionable si examinamos la producción de conocimiento acumulado por la sociología histórica en las dos últimas décadas.

Finalmente, la presentación del campo de la sociohistoria realizada por Noiriel se cierra con una fundamentación reflexiva (¿epistemológica?) de la disciplina, en la que de nuevo Norbert Elias y su sociología del conocimiento ocupan una atención preferente. Adopta como punto de partida de su sociohistoria reflexiva, el problema señalado por Elias en la producción de conocimiento en las ciencias sociales: compromiso y distanciamiento. Aquí Noiriel retoma alguna de las preocupaciones que presentó en su *Sobre la crisis de la historia* (Cátedra, 1997), concretamente la cuestión de la objetividad y la verdad. Posicionándose frente a la visión tradicional de la objetividad histórica y frente a las lecturas relativistas posmodernas, Noiriel aboga por una nueva concepción de la objetividad “que ponga el acento en las prácticas de investigación y no ya en el objeto de la historia”, pues tal y como Elias planteó, “la objetividad del trabajo científico se asienta sobre todo en el hecho de que, a diferencia del artista, el investigador está sometido a una disciplina colectiva” (p. 135). Así, “una de las mejores maneras de fortalecer la objetividad del trabajo científico consiste en alentar la libre discusión y el intercambio de argumentos” (p. 138). En cuanto a la debatida controversia del compromiso, que se entronca cuanto menos en la problemática weberiana de *El Político y el Científico*, Noiriel defiende “la separación estricta entre el hombre de ciencia y el político” (p. 141), lo cual no quiere decir que el saber de los sociohistoriadores deba replegarse a una torre de marfil, antes más bien al contrario, “es necesario que se movilicen para defender su saber en el espacio público, pues nadie lo hará en su lugar” (p. 144).

En definitiva, Noiriel aporta una notable propuesta en la labor de pespunte del tejido que vincula a la historia y la sociología, restableciendo de este modo una continuidad con los clásicos de la sociología y tratando de superar los estragos que provocó la disociación entre ambas formas de conocimiento de la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ-URÍA, F. y J. VALERA (2004): *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid, Morata.
- BOURDIEU, P. y R. CHARTIER (2011): *El sociólogo y el historiador*, Madrid, Abada Editores.
- BURKE, P. (2006): *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa.
- ELIAS, N. (1987): "The retreat of sociologist into the present", *Theory, Culture and Society*, nº 4, pp. 223-247.
- RAMOS, R. (1994): "Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias", *REIS*, nº 5, pp. 27-53.

**Andrés Pedreño Cánovas**  
**Universidad de Murcia**